

la educación del pueblo cristiano en la fe

REFLEXIONES ante la próxima conferencia plenaria del Episcopado Español.

La educación del pueblo cristiano en la fe preocupa seriamente a los obispos españoles. Y con razón. Porque todos sabemos de sobra que la situación es en este sentido enormemente problemática, no sólo cuando se mira a lo que está pasando, sino sobre todo cuando se piensa en el futuro de nuestra Iglesia y de nuestro país. Situación, por lo demás, que no es exclusiva de España, pero que en nuestro pueblo reviste matices particulares, quizás bastante importantes y, por supuesto, muy significativos a la hora de plantear y resolver el problema de la educación en la fe.

Enseguida comprenderá el lector a qué me refiero, cuando hablo de esos matices particulares y significativos que son los nuestros. Pero antes de hablar de este asunto, me parece necesario hacer una observación que considero importante: yo creo que al tratar este problema existe el peligro innegable de una posible *dispersión*. Dado que el tema es tan enormemente complejo y complicado, se puede razonablemente temer que los planteamientos sean de tal manera dispersos que a la hora de la verdad resulte prácticamente imposible llegar a una solución operativa y eficaz. Hablar de la educación del pueblo en la fe, es hablar de la teología y del magisterio, de la predicación eclesiástica y de la educación religiosa, de la cultura y de las instituciones; es hablar del pasado, del presente y del futuro; es hablar de Dios y de los hombres; es hablar de todo eso y de qué sé yo cuántas otras cosas más. Entonces, ¿por dónde empezar? ¿cómo plantear la cuestión para dar en la clave del problema?

Las reflexiones que a continuación expongo no se presentan con la pretensión ingenua de dar esa clave del problema. Creo que soy consciente de la enorme complejidad del asunto. Con todo, me ha parecido oportuno decir algo en este momento sobre el particular. Con la esperanza de que a lo mejor resulta esto útil para alguien. Esto, ni más ni menos, es lo que pretendo al escribir estas páginas.

Palabra y Sacramento

El Concilio Vaticano II ha formulado acertadamente un principio que, en cualquier circunstancia y en cualquier situación, deberá ser siempre el criterio básico de orientación para la educación del pueblo cristiano en la fe:

“Así como Cristo fue enviado por el Padre, El a su vez envió a los apóstoles, llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura (Mc 16,15) y a anunciar que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos libró del poder de Satanás (cf. Act 26,18) y de la muerte y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de la salvación que proclamaban mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica” (SC 6).

Según este texto programático, tenemos lo siguiente: Cristo ha entregado a su Iglesia, para realizar su misión en el mundo, el doble ministerio de la Palabra y el Sacramento. Esto es, en síntesis, lo que la teología más sana nos viene enseñando hace ya mucho tiempo. Lo que el Concilio ha consagrado con su doctrina (cf. LG 17; 26; PO 4; AG 5; 6; 14). Y lo que el mandato misionero de Jesús recuerda siempre a la Iglesia:

“Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he enseñado” (Mt 28, 18-20).

Se trata de una orden explícita de Cristo a su Iglesia. Una orden que se refiere a la proclamación de la Palabra y a la celebración del Sacramento. Y una orden que pone en relación directa el poder del Señor en el cielo y en la tierra precisamente con la Palabra y con el Sacramento. El único poder que la Iglesia debe ostentar ante los hombres no es el poder de las fuerzas de este mundo (dinero, prestigio, diplomacia o política), sino el poder de Cristo resucitado, que se expresa en la Palabra fielmente anunciada y en el Sacramento correctamente celebrado.

Intencionadamente prescindo aquí de las puntualizaciones que los teólogos suelen hacer acerca de la relación entre Palabra y Sacramento (su conexión mutua, su significación específica, etc. etc.). Una cosa sí me parece importante para lo que aquí se pretende: sea cual sea la relación que se establezca entre estos dos servicios de la Iglesia, ninguno debe ser considerado más importante que el otro; ninguno debe ser destacado con detrimento del otro. Porque, en el fondo, la Palabra y el Sacramento no son sino la actualización del acontecimiento de la Salvación que se nos ha dado en Cristo. En cuanto que Cristo, en su encarnación, es la Palabra de Dios dirigida a los hombres; y en cuanto que Cristo, en su sacrificio, es la respuesta de los hombres a Dios. Pa-

labra y Sacramento no son sino la actualización del acontecimiento de Cristo. De ahí que la Palabra y el Sacramento constituyen indisolublemente el único programa que la Iglesia puede presentar ante los hombres para educarlos en la fe.

Una incoherencia intolerable

Lo dicho hasta aquí nos parece a todos una cosa bastante clara y evidente. Tan evidente y tan clara que, en principio al menos, más de uno podrá pensar que todo eso no ofrece ni solución ni novedad a la hora de resolver el problema planteado: "la educación del pueblo cristiano en la fe". Sin embargo, cada día me persuado más de que en eso está la raíz de todo. Me refiero a todo lo que la Iglesia tendría que hacer hoy para cumplir su misión.

Quiero decir lo siguiente: todos estamos de acuerdo en que es eso lo que la Iglesia tiene que hacer, predicar la Palabra y celebrar los Sacramentos. Y, de hecho, así lo hace. Pero ¿cómo lo hace? La experiencia nos viene enseñando, desde hace ya muchos años, que en la vida de la Iglesia se ha producido una separación y una incoherencia impresionantes en cuanto se refiere a la relación "Palabra-Sacramento". Porque mientras la predicación de la Palabra se ha orientado cada vez más en el sentido de una responsabilidad creciente ante el mundo, ante la sociedad y ante las instituciones, la celebración del Sacramento persiste prácticamente ausente de esa responsabilidad. Y la prueba más clara de esta ausencia de responsabilidad por parte del Sacramento está en el hecho patente de que todos los días tienen acceso a las celebraciones sacramentales infinidad de personas que con su vida y con sus hechos contradicen lo que las palabras más responsables de la Iglesia vienen presentando ante la gente como exigencias ineludibles del Evangelio. Cada día es más frecuente encontrar en la Iglesia predicaciones comprometidas, escritos y documentos comprometidos, actitudes y tomas de postura muy comprometidas con el Evangelio. Esto es verdad y en ello vemos un camino indispensable para educar al pueblo en la fe. Pero, ¿dónde se celebra hoy un Bautismo comprometido? ¿dónde se participa en una Eucaristía comprometida? ¿tiene incluso sentido hablar hoy de sacramentos comprometidos? ¿es eso posible en las actuales circunstancias y tal como están montadas las cosas en nuestra Iglesia?

La consecuencia lamentable, que se ha seguido para la Iglesia de toda esta situación, es que los cristianos se han dividido en dos bloques bastante definidos: para unos, lo importante y decisivo es el compromiso y la acción, es decir, el testimonio al que acompaña la palabra; para los otros, lo absolutamente imprescindible es el culto y la piedad para con Dios, es decir, la celebración sacramental practicada fielmente "iuxta rubricas". El hecho es demasiado conocido y no creo que sea necesario insistir más en ello. Ahora bien, si el acontecimiento de Cristo se hace actual y presente no sólo por la Palabra que se predica (acompañada del testimonio personal), sino también por el Sacramento que se celebra, eso quiere decir que la Iglesia no puede pretender educar en la fe nada más que en la coherencia de la Palabra que se proclama con el Sacramento que se celebra. Cuando la Palabra va por un camino y el Sacramento por otro, la Iglesia no puede educar a nadie en la fe.

Por la sencilla razón de que mientras por un lado está intentando *formar la conciencia*, por el otro está *deformando la experiencia* religiosa de la gente. Y la consecuencia inevitable de esa deformación de la experiencia es que nadie toma en serio los imperativos de conciencia que el Magisterio y la predicación presentan ante el público

Bautismo y Eucaristía

Así las cosas, yo me pregunto constantemente cómo se puede predicar hoy en España lo que el Nuevo Testamento nos dice acerca del Bautismo en cuanto "signo" que marca un acontecimiento decisivo y crítico en la existencia de un hombre: la incorporación al Crucificado y al Resucitado, para vivir de una manera enteramente nueva. Sabemos, en efecto, cómo San Pablo sitúa el Bautismo como frontera entre dos edades o, más exactamente, dos situaciones: luz y tinieblas, vida y muerte. El contraste y la línea divisoria que marca el Bautismo es tan tajante que San Pablo recurre siempre a esas imágenes antitéticas que señalan el contraste total de dos realidades contrapuestas. Lo cual implica no sólo una situación nueva ante Dios (eso desde luego), sino además (y con la misma fuerza que lo anterior) una trasmutación total de valores (Fil 3, 7-8), una nueva creación presente y operante en el mundo, llevada a cabo precisamente por Cristo Jesús (Ef 5, 9; 2,10; Gal 6, 15). En el lenguaje del Nuevo Testamento, "ser bautizado" equivale a "ser crucificado" (Rom 6, 3-5; Col 2, 11-13; 1 Cor 1, 13; Heb 6, 4; Mc 10, 38; Lc 12, 50); equivale, por tanto, a asumir una forma de existencia que se tiene que traducir en "sufrir y morir por el pueblo".

Todo esto es, no cabe duda, una interesante "ideología". Pero, en la práctica diaria de la vida, ¿qué significa todo eso para la gente? ¿Cómo podemos predicar eso hoy, de tal manera que responda a contenidos reales y constatables en lo que la gente ve y en lo que la gente hace? Y entonces, ¿cómo podremos hoy educar en la fe, cuando el "signo" mismo que marca el punto de arranque de la existencia en la fe se ha vuelto de tal manera "insignificante" que ya nadie lo relaciona prácticamente (no hablo de las teorías de teólogos y liturgistas) con una forma concreta de vivir? Sinceramente, yo no encuentro respuesta para estas preguntas. No sé si otros tienen esa respuesta. En todo caso, es urgente que los Obispos intenten al menos (en la medida de lo posible) dar esa respuesta en la próxima Conferencia plenaria.

La cosa me parece más grave, si cabe, cuando se trata de la Eucaristía. Porque ella es el centro de la vida de la Iglesia, el momento culminante en el que la Iglesia debe adquirir su máxima expresividad. Esto es de sobra conocido en teoría (una teoría más). Y el Concilio se ha encargado de recordarlo repetidas veces (LG 11; SC 6-7; PO 5; AG 15). De manera que, en principio al menos, todos estamos de acuerdo con esta teoría. Pero si de la teoría pasamos a lo concreto de la vida, en realidad ¿qué son nuestras Misas en la generalidad de los casos? ¿quién asiste a ellas más asiduamente? ¿qué imagen de la Iglesia se desprende de lo que es hoy la celebración de la Eucaristía en nuestro País? Tengo a mano los resultados de los estudios sociológicos que ha hecho el Departamento de Investigación Socio-Religiosa (Dis - Madrid) en Galicia, Sevilla, Canarias y en el barrio madrileño de Moratalaz. Pues bien, de

esos estudios resulta que, excepción hecha de las zonas rurales más deprimidas, la asistencia a Misa es tanto mayor cuanto más alto es el nivel de vida y la instalación social. La gran masa de los pobres, y en gran parte también nuestra juventud, tienen muy poco que ver con la Misa, porque ni les interesa ni les dice apenas nada. Esto es un hecho. Ahora bien, si esto es así, ¿qué Iglesia tenemos en España? ¿qué educación de la fe podemos programar hoy en España, habida cuenta de esta realidad tan brutal y tan desconcertante?

Pero hay algo más. A mí me hace pensar constantemente la tremenda palabra de San Pablo cuando afirma que la celebración de la Eucaristía es la "proclamación" de la muerte del Señor (1 Cor 11, 25-26). Lo más importante que la Iglesia tiene que decirle a la gente, para educarla en su fe, es algo que se dice, no tanto con palabras, sino mediante un gesto, en un Sacramento, que solamente se puede celebrar correctamente cuando la comunidad es capaz de superar sus diferencias sociales y económicas (1 Cor 11, 21); cuando eso no se hace así, sencillamente porque mientras los ricos se hartan y se emborrachan, los pobres pasan hambre, la comunidad entonces "no come ya la Cena del Señor" (1 Cor 11, 20), es decir, no celebra ya correctamente la Eucaristía. Lo cual, siendo lógicos con el pensamiento de Pablo, es lo mismo que afirmar que una Iglesia que no celebra correctamente la Eucaristía es una Iglesia que no proclama la muerte de Cristo. Y una Iglesia que no proclama lo más importante que tiene que anunciar, es una Iglesia que se ha vuelto muda. Por más palabras elocuentes que diga o por más testimonios comprometidos que presente, poco, muy poco, tiene que decir ante el mundo.

Lo dicho sobre el Bautismo y la Eucaristía, se podría aplicar igualmente, "mutatis mutandis", a los otros Sacramentos. ¿Qué pensar de la celebración del Matrimonio cristiano? ¿Y de la penitencia? ¿Y de la Confirmación? etc. etc.

¿Es esta la clave del problema?

Es lógico que nos hagamos esta pregunta. Porque, la verdad, todo esto que aquí se viene diciendo, ¿tiene realmente tanto que ver con el tema planteado para la próxima plenaria del Episcopado Español? ¿Es esto, de verdad, tan importante? ¿No estará la clave, más bien, en que la predicación eclesiástica y la educación religiosa flaquean por muchos conceptos? ¿No será, por tanto, lo más urgente revisar el tema de la predicación y de la educación religiosa, dejando para otra ocasión el complicado problema de la praxis sacramental? Sobre todo, si se piensa (cosa que me parece a mí que está en la cabeza de no pocos eclesiásticos) que una formación doctrinal más adecuada mejorará también la práctica sacramental.

Comprendo la razón de ser que tienen estas preguntas y, sobre todo, la cuestión que se refiere a la urgencia de revisar y mejorar la predicación y la formación religiosa de la gente. Pero aun comprendiendo todo eso (y sin quitarle importancia), cada día que pasa me persuado más y más que el centro de todo el problema está en la incoherencia que de facto existe en nuestra Iglesia entre la Palabra y el Sacramento.

Y digo esto por dos razones fundamentalmente, la primera de orden estrictamente teológico, la segunda de orden sociológico.

La razón de orden teológico es la que ya he presentado antes: Palabra y Sacramento actualizan el acontecimiento de Cristo y constituyen todo cuanto la Iglesia tiene que hacer en el mundo y por el mundo. Pero con tal que la Palabra y el Sacramento sean coherentes entre sí y apunten a una misma cosa. Porque no podemos dividir a Cristo y presentar de El dos imágenes distintas o incluso divergentes, una la de la acción y la Palabra comprometida, la otra la del culto y la práctica religiosa. Aparte de lo absurdo que es esto en sí mismo, tenemos que, en el fondo, tanto la palabra como el Sacramento, no son sino expresiones distintas de una misma cosa: la única Misión de la Iglesia. Es más, siguiendo a algunos teólogos, se podría incluso decir que la Iglesia no tiene nada más que un medio para cumplir su misión; y que ese único medio es la Palabra, porque también la administración de los signos constituye una predicación de la Palabra. Y en este sentido parece que entiende San Pablo la celebración de la Eucaristía, como un anuncio o proclamación, como hemos visto hace un momento. Pero, en cualquier caso y sea cual sea la puntualización que haga el teólogo de turno, una cosa me parece evidente: cuando la Palabra y el Sacramento no son enteramente coherentes entre sí, cuando por lo tanto no apuntan a una misma cosa, la consecuencia no puede ser sino la desautorización de la Palabra y el desprestigio del Sacramento. La palabra es percibida e interpretada como palabra cultural, palabra política o palabra oportunista, pero no como Palabra de Dios. El Sacramento, por su parte, degenera en mero hecho sociológico, en convencionalismo, en rito inoperante y en práctica más o menos rutinaria. Desgraciadamente lo que está pasando en demasiados casos.

La razón de orden sociológico se refiere al hecho de que nuestra sociedad, por más que se empeñen en decir lo contrario los aficionados a la "secularización", sigue siendo religiosa, quizás mucho más religiosa de lo que nos sospechamos. La prueba está en el aprecio que la gente sigue haciendo de bodas, bautizos, entierros y procesiones. Por supuesto, que todo eso tiene mucho que ver con lo "mágico". Pero el hecho está ahí. Ahora bien, si el hecho religioso sigue jugando un papel tan decisivo en la vida del país, ¿con qué derecho se le ha dejado crecer por sí solo, a merced del capricho popular y de los intereses de los poderosos, sin exigir en cada instante que esas prácticas religiosas sean en todo momento coherentes con la Palabra que procede del Evangelio?

He hablado del capricho popular y de los intereses de los poderosos, porque ambas cosas juegan un papel muy importante en este momento. La gente, por su parte, necesita de lo religioso; los poderosos, por la suya, también. Es más, los poderosos han comprendido muy bien que necesitan de la Religión establecida (una Religión poco coherente con las exigencias del Santo Evangelio) como principio de "legitimación" fundamental ante la nación; lo que es lo mismo que decir que la Religión actúa, de hecho, más como fuerza de retención y estancamiento del orden social constituido, que como fuerza de renovación.

Así las cosas, lo verdaderamente sorprendente es que la Iglesia ha entrado en este juego. Y, ya sea por falta de visión crítica de las cosas,

ya sea por miedo, la verdad es que hasta el momento presente ha seguido el juego admirablemente. Para hablar más claramente, con todo esto quiero decir que mientras obispos y sacerdotes (con la mejor buena voluntad, sin duda) se limiten a predicar y a denunciar pecados (incluso cuando esa predicación vaya acompañada y respaldada por una vida intachable), si no se toca a la práctica religiosa establecida, poco vamos a hacer. Por el contrario, si un día la Iglesia tiene la audacia de fijar quién puede participar en los Sacramentos y llevar eso hasta sus últimas consecuencias, ese día los poderes de este mundo (en el sentido evangélico de esta expresión) reciben el golpe más duro que podían recibir.

¿El miedo o la fe?

No se me ocultan las dificultades, a primera vista insuperables, que todo este planteamiento lleva consigo. Comprendo el peligro de "sectarismo" que esta manera de plantear el problema puede acarrear para la Iglesia. Comprendo la dificultad enorme de resolver adecuadamente cada situación y cada caso concreto. Comprendo todo eso y mucho más. No obstante, insisto en que el problema se debe plantear desde aquí. Porque la contradicción que hoy la Iglesia presenta en este sentido es mucho más fuerte que todo lo demás. Y si es verdad que el peligro de este planteamiento es evidente, no es menos cierto que resulta mucho mayor el peligro de seguir como hasta ahora.

Tengo la impresión de que hay miedo a afrontar este problema. Porque se teme cargar con las consecuencias. Pero, por más graves que sean esas consecuencias, creo que ha llegado el momento de enfrentarse a ellas. A no ser que pretendamos seguir en la ambigüedad y en el equilibrio inestable en el que ahora nos encontramos incómodamente instalados. Pienso, al decir esto, en el sufrimiento de tantos sacerdotes que no saben cómo ser, a un mismo tiempo, ministros de la Palabra que proféticamente denuncian desde el Evangelio y representantes del culto establecido, con el que palpan cada día que se neutraliza (en buena parte) lo que la Palabra dice a la gente.

De una manera o de otra, todos vemos este problema. Incluso es posible que a ratos nos preocupe. Pero ¿se está realmente dispuesto a afrontarlo y a darle una solución coherente? No lo sé. En todo caso, estas páginas no han pretendido ser dos cosas: 1.ª) Hacer caer en la cuenta del problema teológico y eclesial que hay aquí implicado; problema gravísimo, en cuanto que está en la raíz misma de las dificultades que experimentamos para poder educar al pueblo en la fe. 2.ª) Si realmente estamos persuadidos de que esto es tan serio, ¿por qué no se afronta derechamente? ¿qué fuerza misteriosa actúa para que persistamos en esta incoherencia? ¿es el miedo o es la fe?